

Ante el deseo ardiente ya cumplido
De tu ciudad que ansiaba coronarte.

Que ante la majestad de estos Prelados
Ilustres, sapientísimos doctores
Que hoy á tus plantas viste arrodillados,
Sólo deben hablar los inspirados
Y sus plectros pulsar dulces cantores.

Pero á la voz de mi Pastor amante
Sumiso y obediente yo he venido:
El me ha ordenado que mi voz levante
En esta noche y á mi Reina cante
El gozo de este pueblo tu escogido.

El, mi amado Pastor, el Dioce-ano
A quien confiaste tu heredad querida,
Y que á tus hijos lleva de la mano
Por la senda inmortal que el gran Sollano
Trazó á sus sucesores en la vida:

Guardián celoso de tu honor y gloria
De Sollano y Barón sigue el ejemplo;
Y honrando sus virtudes y memoria,
Al repasar su portentosa historia,
Con regia esplendidez orna tu templo.

Tu templo, dulce Madre, la piscina
Donde acuden de León los moradores,
Para obtener por tu piedad divina
Del niño que en tu seno se reclina,
El remedio de todos sus dolores.

Tu templo, casta Virgen, tu santuario,
En cuyo trono al ser hoy colocada,
A nombre del Pontífice, el Vicario
De tu hijo Dios, con gozo extraordinario,
Te vemos nuestra Reina coronada.

Reina eres de los cielos y la tierra;
Jehová puso en tu diestra el cetro de oro
Que al infernal Dragón vence y aterra;
Y cantan el poder que en ti se encierra,
A tus plantas los ángeles en coro.

Tu poder reconocen las criaturas
Racionales, que sufren y te imploran
En el valle del llanto y de amarguras;
Y es gozo perdurable en las alturas
A los que en ti esperaron y hoy te adoran.

¡Madre Virgen del Rey de lo creado
Y Reina de los mártires del mundo!
Tan grande es tu poder, cuanto no es dado
Comprender al poder crucificado
Y redimiendo con amor profundo.

Reina del cielo y tierra te adoramos
Porque del Rey de reyes eres Madre;
Pero aquí en tu ciudad, los que te amamos,

Nuestra Reina especial te proclamamos
¡Oh Madre de la Luz, hija del Padre!

Por eso yo, tu mísero trovero,
Hoy á la voz de mi Pastor querido,
Yo que de angustias y pesares muero,
Y que te adoro, y en tu amor espero,
A cantar tus victorias he venido.

Para la gloria de tan fausto día,
Son muy tristes las notas de mi canto:
Mas tú lo sabes bien, dulce María:
De los pobres mortales la alegría
Siempre va acompañada por el llanto.

Tú lo sabes muy bien, porque sufriste
El dolor sin igual de los dolores,
Cuando al amor de tus amores viste
Muerto en la Cruz y constituida fuiste
La Madre de tus hijos pecadores.

Gozo y dolor estrechamente unidos
En tu alma virgen, inocente y pura,
Sentiste al ver los mundos redimidos:
¡Misterios insondables, confundidos
En el inmenso mar de tu amargura!

Tú lo sabes muy bien: nuestros cantares,
Son gemidos del alma que ambiciona
Cuando goza, un respiro á sus pesares,
Para gozar la dicha de otros lares,
Romper la cárcel vil que la aprisiona.

Pero yo sé también que los acentos
Que á ti elevan tus hijos como un canto,
Te expresan de su amor los sentimientos;
Y lágrimas, sollozos y lamentos,
Son perlas que recoges en tu manto.

Que hoy al ceñirte la corona de oro
En tus divinas sienes, Reina mía,
Repercuten mi cántico insonoro
Las harpas de Salem en dulce coro,
Porque eres tú quien causa esta alegría.

Porque en estos transportes sobrehumanos
Han venido á rendirte vasallaje
De mi Pastor los príncipes hermanos,
Que hoy tienes á tus pies cual cortesanos,
De la estirpe real de tu linaje.

Porque estos sapientísimos varones,
De tu Luz atraídos por los rayos,
Hoy ponen á tus pies sus corazones:
Ellos son de tu honor los campeones
Y nosotros los últimos vasallos.

Los últimos ¡oh Reina! y los primeros
Que hoy te juramos á tu amor rendidos,
Antes morir, que ser los prisioneros
Del error, porque somos tus guerreros
Con la sangre de tu Hijo redimidos.

¡Oh Reina poderosa! si tu diestra
Nos protege del mundo en las batallas:
Si la ternura de tu amor nos muestra
Que eres Madre de Dios y Madre nuestra,
Y si en la lucha á nuestro lado te hallas:

¿Qué importan de la vida los dolores
Si en tu poder ciframos nuestra suerte?
Si el enemigo artero en sus furoros
Nos cerca de tormentos y de horrores,
No temeremos ni á la misma muerte.

Si á nosotros viniste bondadosa,
Y quien te encuentra á ti todo lo halla,
Tú heredad será grande y venturosa,
Porque tú eres terrible y poderosa
Como ejército en orden de batalla.

¡Excelsa Madre de la Luz, perdona
De mi alma herida el dolorido canto!
Hoy que el gozo á tus hijos emociona,
Yo he venido á ofrecerte una corona
Formada con las perlas de mi llanto.

¡Amor de mis amores: tu trovero
En tu ternura y tu poder aianza
Su ignoto porvenir! Madre, yo espero
Por ti unirme á la esposa por quien muero
Para cantar por siempre en tu alabanza!

VICENTE F. GOMEZ.

FIAT DE DIOS, FIAT DE MARIA

El *fiat* sublime del Omnipotente, pronunciado al principio de los tiempos, disipó las inmensas tinieblas que envolvían el caos de la nada, y esparció sus hermosas hebras de luz que inundan esplendorosamente el Universo.

El *fiat* humilde de María, pronunciado en medio de los tiempos, en la modesta casa de Nazaret, disipó las densas tinieblas de las inteligencias sentadas en las sombras del error y del pecado, y difundió la luz indeficiente alumbrando á todo infortunado mortal que pisa los umbrales de este mundo, cuidando á la vez, que sus pasos vacilantes, sean dirigidos por los senderos de la paz y de la justicia.

¡María, Madre de la Luz divina! hoy tu pueblo escogido, á quien regalaste con tu imagen verdaderamente singular y prodigiosa, te ofrece un pequeño don de sus tesoros terrenales, para que tú, en cambio ¡oh dulce Madre nuestra! nos prodigues los riquísimos é inestimables tesoros de la patria celestial.

J. ISABEL LOPEZ,
Presbítero.

A LA MADRE SANTISIMA DE LA LUZ

EN EL DIA DE SU CORONACION

¡Madre Santísima de la Luz! vuestra maternidad divina os ha levantado un trono sobre las jerarquías angélicas en los cielos, y la Augusta Trinidad de Dios os ha coronado con la diadema gloriosa de doce estrellas de primera magnitud. Vos habéis recibido la plenitud de todas las gracias desde el primer instante de vuestra Concepción Inmaculada, y por ser la vencedora de Satanás, todas las generaciones os proclaman Reina, dichosa y bienaventurada.

Aquí en la tierra habéis escogido la Nación Mexicana, para mostrar á los pueblos que vuestra dignidad de Madre de Jesucristo, os ha hecho correderentora del género humano. México recibe la luz de la Fe por el apostolado de Santa María de Guadalupe; Jacona en vuestra poderosa protección cifra su Esperanza; Pátzcuaro obtiene por medio de vuestra misericordia la salud de los enfermos; y León, la ciudad predilecta, recibe tantos y tan grandes beneficios por vuestra insigne y prodigiosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz, que á ejemplo de las tres bellísimas Imágenes mencionadas, hoy coloca sobre vuestra cabeza la imperial corona de oro y de diamantes, para manifestar que vos, Señora, sois la Emperatriz Soberana de los cielos y del universo entero.

Dígnate, Madre Santísima de la Luz, bendecir á toda la Iglesia Mexicana, á sus Pontífices y sacerdotes; pero yo, indigno siervo tuyo, te suplico que aceptes los ardientes corazones de los fieles católicos que el Angel custodio de la Iglesia Metropolitana de Michoacán, ofrece al Niño Jesús, y atiendas á las súplicas de las tres Diócesis sufragáneas, representadas en los tres ángeles que sirven de peana á tu real persona.

León, Octubre 8 de 1902.

PBRO. IGNACIO AGUILAR,
Canónigo de Zamora.

María, Madre de la Luz, distinguió á León regalándole su admirable Imagen. León, que ha recibido tantas luces por Ella, debe difundirlas por todas partes.

Aurea y rica corona adorna las sienes de la gran Reina. No has hecho ¡oh León! sino cumplir con un grato deber. Los beneficios que la inagotable generosidad de tu Soberana te ha concedido, te enseñan que debes esperar si le rindes fiel y constante vasallaje.

PBRO. MIGUEL PLANCARTE,
(De Zamora)

A LA MADRE SANTISIMA DE LA LUZ

EN LA SOLEMNE FIESTA DE
LA CORONACION DE SU BENDITA IMAGEN.

Alégrate, León, alza tu frente
en este día de ventura y gloria
que no tiene en tus fastos precedente
y que indeleble guardará la historia.

Hoy de la Luz la Madre inmaculada
es coronada con ferviente anhelo
por un pueblo que estima aun su mirada
como prenda riquísima del cielo.

¡Oh sombras veneradas de Somera,
de Montes de Oca, Aguado y de Quijano!
de vuestras tumbas hoy salid afuera,
y ved que vuestro celo no fué en vano.

A León dotasteis con anhelo ardiente,
del amor a la Virgen que lo abona,
y hoy ese pueblo con piedad ferviente
la proclama su Reina y la corona.

En vano lo pasado olvidar quiero,
que sin pensarlo viene a mi memoria
nuestro augusto Pontífice primero
de esta Iglesia ornamento, honor y gloria.

El que con tanto empeño trabajara
del templo por la fábrica y aliño,
él que a la Virgen de la Luz amara
con fe sencilla y con amor de niño.

El también se complace en este día
al mirar coronado su desvelo,
se asocia de su pueblo a la alegría,
nos contempla y bendice desde el cielo.



Alégrate, León, alza tu frente
en este día de ventura y gloria,
que no tiene en tus fastos precedente
y que indeleble guardará la historia.

Tú la imagen posees que mano de hombre
bajo impulso divino dibujara,
Imagen a la cual pusiera nombre
la Virgen que de gracias la colmara.

Mas tú no la elegiste, Ella en ti hijos
tuvo sus ojos al pasar los mares
para ser el amparo de tus hijos
haciendo su mansión entre tus lares.

Fijar en ti ha querido su morada
para darte consuelo en el quebranto,
brindarte con la luz de su mirada
y el abrigo seguro de su manto.

¡Oh León! ciudad privilegiada,
cuán justo es tu alborozo y alegría,
en tí el Señor ha puesto su mirada
al ponerte a la sombra de María.

Esa Imagen divina que atesoras
para siempre será tu luz y guía,
dichosa tú si en el dolor la imploras,
y más dichosa amándola a porfía.

Oh Madre de la Luz, con alborozo,
inundados de santos regocijos
debemos publicar que eres el gozo
y el honor y la gloria de tus hijos.

En cambio de tu amor y de tus dones
no tenemos que darte de valía;
mas si buscas amantes corazones,
toma los de tus hijos, Madre mía.

León, 8 de Octubre de 1902.

EUGENIO OLAEZ.



ILMO. SR. DR. D. FRANCISCO OROZCO Y JIMENEZ,
Obispo de Chiapas.